

García, Álvaro. *Canción en blanco*. XXIV Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe. Madrid: Visor, 2012. ISBN 9788498958096.

Reviewed by
Juan Manuel Romero
Sevilla

El poeta español Álvaro García (Málaga, 1965) concilia en su poesía la aceptación de morder una fruta y la aceptación del infinito. Sólo que el acuerdo llega inesperadamente a través de una secreta intimidad, la que se da a veces en la unidad de dos que se aman en una habitación de hotel. Unidad de cuerpos que deja sitio a una unidad de tiempos en un espacio único que se llama “aquí ahora”, como el punto inmóvil de Eliot, el eje de rotación, el lugar en el que todo converge en simultaneidad. *Canción en blanco* deja que se mezcle el mundo con una música despierta, le hace sitio al orden y al desorden en la pulsión de un ritmo sostenido, y hace que gire sobre un solo dedo.

Precisamente, la cualidad de un gran poema es el pensamiento sensitivo, pensar a través de los sentimientos, o de los sentidos pensantes. Inteligencia y sensibilidad, fuertemente entrelazadas, no es que formen la materia prima sino que casi protagonizan *Canción en blanco*, gracias a un lenguaje que está en el centro como la gota de sangre sobre el fondo negro de la cubierta del libro: con fuerza de vida y dejándose difuminar en el misterio. La fuerza del lenguaje sostiene la pasividad activa del poema, su pasión. Aquí el tema de la poesía es la propia poesía, porque al llenarse de riqueza logra que el significado sobrepase la anécdota para alcanzar el proceso global de la propia significación. Al tratar de sí mismas, las palabras hablan de la existencia en toda su complejidad.

Poema unitario, en algo más de medio millar de versos, *Canción en blanco* articula una visión del amor gracias al coraje y el temple de imaginar la realidad para hacerla más real. Philip Larkin, que no era precisamente sospechoso de vanguardista, reconocía en Charlie Parker a un músico con una cualidad adicional que no se puede alcanzar por medio de la práctica: “una mezcla de técnica e imaginación prodigiosas y la capacidad de desplegar a una velocidad febril media docena de soluciones para cada situación musical que se le presentaba”. Las soluciones de Álvaro García aspiran a la totalidad: los elementos reales tienen tiempo de supurar su halo de sentido y de falta de sentido, cada metáfora ilumina un instante, las ideas se hacen cosas (como querían Pound y Williams) y, sobre todo, las palabras se niegan a la vanidad de ser mera decoración y se dedican a lo difícil, a extraer de sí mismas todo el jugo cognitivo.

Como ocurre en el jazz, los versos de García convierten la libertad en la clave de una melodía propia. Entre lo preciso y lo flexible, todo un fluir hipnótico de escalas que van de la tensión oscura de la paradoja (“pocas cosas más vivas que la muerte”) al guiño irónico en pareados (“En la televisión / se enciende la invasión”), del divertimento fónico (“proyecto de arquitecto predilecto”) al acta física emocional (“el corazón, / el siempre inquieto, el que ha esperado siempre”), de la vibrante observación doméstica (“los cables / electrificados de conversaciones”) a una promesa intransitiva que se está quieta sin necesidad de cumplimiento, en la armonía de la música o de la poesía (“El futuro, sin ser, es armonía / que abre la puerta a ser”). El poema avanza ligero y profundo a la vez, en un zigzag blanco (Kandinski), transparentando una historia mínima de encuentro, perdido en la rapidez de sensaciones que se entienden al decirlas. Todo eso sin apartarse un milímetro de una voz inconfundible, que ha hecho de la agilidad verbal, la emoción contenida y la distancia intelectual, el resultado personal de sumar palabra y creación: magia. De una convicción del arte como apertura a lo imprevisto, a lo casual y libre, surge esa magia que irradia desde el blanco del título, y que el autor confirma en una poética: “el arte no consiste en explicar, en aclarar, en protestar con mucha lógica, sino en hacer ver y que suenen las conexiones de lo real que no tiene conexión.”

Tras el inicio fresco y con carácter de *La noche junto al álbum* (1989), su siguiente libro, *Intemperie* (1995), significó en la trayectoria de Álvaro García un arranque de energía hacia una poesía más honda e imaginativa (así como un empuje definitivo hacia un giro estético generacional), lo cual vendría a consolidarse en *Para lo que no existe* (1999), donde la voz se libra de estatuar al yo gracias al fortalecimiento de las facultades perceptivas, ofreciendo más espacio al enigma. Con *Caida* (2002) se inicia un ciclo también formado por *El río de agua* (2005) y que ahora cierra *Canción en blanco*, un proyecto de poemas extensos que cantan no la vida de un hombre, sino la del hombre, dejando definitivamente atrás el “yo documental” de manera que en el sostenimiento de una música se reavive la búsqueda de una revelación. “Tríptico de la plenitud” es el título acuñado por el propio autor para estos tres textos complejos y ambiciosos, elegantemente eliotianos, que piden ser leídos en conjunto, escuchados como un ensalmo a fin de saborear su manera de dar un sentido universal a la experiencia privada, que pide tiempo antes de decir nada como ocurre en el “Asfódelo” del citado Williams y en *Piedra de sol*, de Paz, con cuyas reflexiones teóricas sobre el poema largo tiene no pocos puntos en común, además de la coincidencia de querer hacer sitio al rumor del sufrimiento de la historia humana.

Poliédrico, meditativo, elíptico, atrapando jirones de absoluto con destellos de realidad a través de fragmentos de vivencias, *Canción en blanco* detiene el tiempo en el punto en que los tiempos se entrecruzan, y descubre la intensidad en un momento de amor sin dejarse llevar por ninguna efusividad sentimental. En ese éxtasis, que tiene que ver con la redención del daño gracias a las cosas que se encienden por amor durante horas sin futuro, concluye el libro y el ciclo de forma memorable, porque, después de

haber tocado con los dedos la fugaz eternidad, "La muerte tendrá dentro memoria de un sol vivo". En este poema cuya abstracción emociona, instinto animal y conciencia se resuelven en una vivencia de revelación. Álvaro García mira con ojos nuevos el universo desde un cuarto, a la vez que logra una de las cumbres más hermosas de la poesía última, un libro que perdurará.